

RELATOS

El sapo guardiero¹

LYDIA CABRERA²

Estos eran los mellizos que andaban solos por el mundo: eran del tamaño de un grano de alpiste.

Éste era el bosque negro de la bruja mala, que hacía inerte el aire; y éste era el sapo que guardaba el bosque y su secreto.

Andando, andando por la vida inmensa, los mellizos, hijos de nadie.

Un día, un senderito avieso les salió al encuentro y, con engaños, los condujo al bosque. Cuando quisieron volver, el trillo había huido y ya estaban perdidos en una negrura interminable, sin brecha de luz.

Avanzaban a tientas –sin saber a dónde– palpando la obscuridad con manos ciegas, y el bosque cada vez más intrincado, más siniestro –terriblemente mudo– se sumía en la entraña de la noche sin estrellas.

¹ Lydia Cabrera nunca respetó las reglas de la gramática, de la sintaxis, de la ortografía y mucho menos la de la puntuación. Escribía maravillosamente, escogiendo libremente lo que le parecía a ella que estaba bien o mal. A veces cambiaba la “j” por “h” (Ejemplo: “Hicotea” en vez de “Jicotea”), como vemos en el cuento “Arere Marekén”. Otras cambiaba la “c” por “s” (Ejemplo: “Seiba” en vez de “Ceiba”), como vemos en el cuento “El sapo guardiero”, etc. Yo le pregunté una vez por qué hacía eso, a lo que ella me respondió con una pilla sonrisa en sus labios: “porque me divierte”. Cada cuento aquí incluido sigue al pie de la letra la estructura gramatical, sintáctica, ortográfica y de puntuación del original de cada relato escogido de *Cuentos de negros de Cuba*. Cabe decir que a veces el lector no se sentirá bien con las decisiones de Cabrera.

² *Cuentos negros de Cuba*, Madrid, 2^{da} ed.: Eds. C. R., 1972, pp. 171-174.

Lloraron los mellizos y despertó el sapo que dormitaba en su charca de agua muerta, muerta de muchos siglos, sin sospechar la luz.

(Nunca había oído el sapo viejo llorar a un niño.) Hizo un largo recorrido por el bosque, que no tenía voz –ni música de pájaros ni dulzura de rama– y halló a los mellizos, que temblaban como el canto del grillo en la yerba. (Nunca, nunca había visto un niño el sapo frío.) Donde los mellizos se le abrazaron sin saber quién era –y él se quedó estático–. Un mellizo dormido en cada brazo. Su pecho tibio, fundido; el sueño de los niños fluyendo por sus venas.

“Tángala, tángala, mitángala, tú juran gánga.”

“Kukuñongo, Diablo Malo, escoba nueva que barre suelo, barre luceros. ¡Cocuyero, dame la vista que yo no veo!

Espanta sueño, tiembla que tiembla; yo tumbo la Seiba Angulo, los Siete Rayos, la Mamá Luisa...

Sarabanda: brinca caballo de Palo: Centella, Rabo de Nube... Viento Malo, ¡llévalo, llévalo!”

El bosque se apretaba en puntillas a su espalda, y le espiaba angustiosamente. De las ramas muertas colgaban orejas que oían el latir de su corazón; millones de ojos invisibles, miradas furtivas, agujereaban la oscuridad compacta. Abría, detrás, su garra el silencio.

Sorprendido, el sapo guardiero dejó a los mellizos tendidos en el suelo.

“Duela a quien duela, Sampunga quiere sangre. Duela a quien duela, Sampunga quiere sangre.”

Al otro extremo de la noche, la bruja alargó sus manos de raíces podridas.

Dio el sapo un hondo suspiro y se tragó a los mellizos.

Atravesó el bosque, huyendo como un ladrón; los mellizos, despertando de un rebote, se preguntaban:

—Chamatú, chekundale,

Chamatú, chekundale, chapundale

Kuma, kuma tú

¡Tún, tún! ¡Túmbiyaya!

¿Dónde me llevan? ¡Túmbiyaya!

¿Dónde me llevan? ¡Túmbiyaya!

En el vientre de barro.

Polvo de las encrucijadas.

La tierra del cementerio, a la media noche, removida.

Tierra prieta de hormiguero, trabajando afanosamente sin dolor ni alegría— desde que el mundo es mundo, las Bibijaguas, las sabias trajineras...

Barriga de Mamá Téngue. Mamá Téngue que aprendió labor de misterio en la raíz de la Seiba Abuela; siete días en el seno de la tierra, siete días, Mamá Téngue, aprendiendo labor de silencio, en el fondo del río, rozada de peces. Se bebió La Luna.

Con Araña Peluda y Alacrán, Cabeza de Gallo Podre y Ojo de Lechuga, ojo de noche inmóvil, collar de sangre, la palabra de sombra resplandece.

Espíritu Malo. ¡Espíritu Malo! Boca de negrura, boca de gusanos, chupa vida. ¡Allá Kiriki, allai bosaikombo, allá kiriki!

La vieja de bruces escupía aguardiente, pólvora y pimienta china, en la cazuela bruja. Trazaba en el suelo flechas de cenizas, serpientes de humo. Hablaban conchas de mar.

“Sampúnga, Sampúnga quiere sangre.”

—“Ha pasado la hora” —dijo la bruja.

El sapo no contestó.

—“Dame lo que es mío” volvió a decir la bruja.

El sapo abrió apenas la boca y manó un hilo verde, viscoso.

La bruja tuvo un acceso de risa, una tempestad de hojas secas.

Llenó un saco de piedras. Las piedras se trocaron en peñascos; el saco se hizo grande como una montaña...

—“Llévame este fardo lejos, a ninguna parte.”

El sapo, con sus brazos blandos, levantó la montaña y se la echó a cuestras sin esfuerzo.

El sapo avanzaba brincando por la oscuridad sin límites. (La bruja lo seguía por un espejo roto.)

Chamatú, chekundale

Chamatú, chekundale

Kuma, kumatú

Tún, tún tumbiyaya. ¿Dónde me llevan?

¡Tumbiyaya!

¿Dónde me llevan? ¡Tumbiyaya!

Ahora el sapo, su pecho tibio, alegremente cantaba a cada tranco:

San Juan de Paúl
De un solo tranco,
San Juan de Paúl
Así yo trago.

Allá lejos ¿dónde? –pero ni cerca ni lejos– el sapo hizo salir a los mellizos de su vientre.

De nuevo encerrados en la noche desconocida –despiertos– volvieron a llorar amargamente.

La carota grotesca del sapo expresó una ternura inefable; dijo la palabra incorruptible, olvidada, perdida, más vieja que la tristeza del mundo, y la palabra se hizo luz de amanecer. A través de sus lágrimas, los mellizos vieron retroceder el bosque, deshacerse en lentos girones de vaguedad, borrarse en el horizonte pálido; y a poco fue el día nuevo, el olor claro de la mañana.

Estaban a las puertas de un pueblo, a pleno sol, y se fueron cantando y riendo por el camino blanco.

—“Traidor”—gritó la bruja retorciéndose de odio; y el sapo, traspasado de suavidad, soñaba en su charca de fango con el agua más pura...

La bruja iba a matarlo; pero él ya estaba dormido, muerto dulcemente, en aquella agua clara, infinita. Quieta de eternidad...

El limo del Almendares

LYDIA CABRERA¹

El Alcalde dio un bando proclamando que en todo el mundo no había mulata más linda que Soyán Dekín.

Billillo, un calesero, quería a Soyán Dekín, pero nunca se lo había dicho por temor a un desaire: que si ella era linda, pretenciosa, resabiosa, él no era negro de pacotilla.

Hubo fiesta en el Cabildo, en honor de Soyán Dekín. Fue el Alcalde. Y Soyán Dekín, reina, pavoneándose. Arrollando con la bonitura. Y baila que baila con el Alcalde.

A Billillo esto se le hizo veneno en el corazón. Sin querer mirarla tan fantasiosa –porque desprecio no repara–, se le iban los ojos detrás de su brillo y su contoneo; y siempre la encontraba con el blanco, paliqueando o de pareja.

Contimás. Cariñosa.

¡Caramba con la mulata! Que debió haber nacido para untarse esencias y mecerse en estrado. Era de ringo-rango. ¡Y con aquel mantón de seda que coquetea, y la bata de nansú, buena estaba la mulata, buena estaba Soyán Dekín en su apogeo, para querida de un Don! ¡Y a echárselas con los negros de lirio blanco!

Billillo afilió su odio.

Para no desgraciarse dejó la fiesta, y los demonios se lo iban llevando por las calles oscuras. Y el cornetín, allá en el Cabildo, tenía a la noche en vela. Y Billillo –ya Dios lo haya perdonado– fue donde el brujo de la Ceiba, que vivía metido en la muerte y solo se ocupaba en obras malas.

¹ *Cuentos negros de Cuba*, Madrid, 2^{da} ed.: Eds. C.R., 1972, pp. 127-131.

Soyán Dekín dormía las mañanas con señorío. Ni lo ruidos de la calle tempranera, ni la rebujiña del vecindario en el patio común, le espantaban el sueño.

Hasta muy sonadas las once, no pensaba en levantarse; y por su cara bonita, nunca hacía nada. Era su madre –planchadora inmejorable– quien trajinaba en la casa y quien ganaba el sustento: ella al espejo o en la ventana. ¡Zangandonga!

Soyán Dekín volvió del Cabildo de madrugada. Y no se acostó. A la hora de las frutas y las viandas, cuando la calle se llenó de pregones y el chino vendedor de pescado llamó en el postigo, Soyán Dekín le dijo a su madre:

–“Dame la ropa sucia; voy a lavar al río.”

–¡“Tú tan linda, y después del baile lavando la ropa!”

Pero, Soyán Dekín, como si alguien invisible se lo ordenara susurrándole al oído, gravemente repitió:

–“Sí, Mamita, venga la ropa; hoy tengo que lavar en el río.”

La vieja, que se había acostumbrado a no contrariarla en lo más mínimo, hizo un lío de toda la ropa que había en la casa y se lo entregó a su hija, que se marchó llevando el burujón en la cabeza.

Y dicen que el sol no ha vuelto a ver criatura mejor formada, ni más graciosa, ni más cimbreña –la brisa en su bata y por nimbo la mañana– que Soyán Dekín aquel día, camino del Almendares. Ni en todo el mundo ha habido mulata más linda que Soyán Dekín: mulata de Cuba, habanera, sabrosa; lavada de albahaca, para ahuyentar pesares...

Donde el río se hizo arroyo y el agua se hizo niña, jugando a flor de tierra Soyán Dekín desató el lío de ropa y arrodillándose sobre una piedra, se puso a lavar.

Todo era verde como una esmeralda y Soyán Dekín se fue sintiendo presa, aislada en un cerco mágico; sola en el centro de un mundo imperturbable de vidrio.

Una presencia nueva en la calma la hizo alzar los ojos y vio a Billillo a pocos pasos de ella, metido en el agua, armado de un fusil e inmóvil como una estatua. Y Soyán Dekín tuvo miedo: miedo al agua niña, sin secreto, al silencio, a la luz, al misterio, tan desnudo de repente...

–“¡Qué casualidad, Billillo, encontrarte aquí! ¿Has venido a cazar, Billillo? Billillo, anoche en el baile te anduvieron buscando Altagracia y Eliodora, y María Juana, la del Limonar... Y yo pensé,

Billillo, que bailarías conmigo. Billillo... no te lo digo por falacia, nadie borda el baile en un ladrillo como tú.”

Pero Billillo no oía, ausente de la vida. Tenía los ojos fijos, desprendidos y vidriosos de un cadáver. Sus brazos empezaron entonces a moverse rígidos y lentos; como un autónoma cargaba el fusil y disparaba al aire en todas direcciones.

—“¡Billillo!”

Soyán Dekín quiso huir. No pudo levantar los pies: la piedra la retuvo... El lecho del arroyo, de tan poco fondo, y donde los guijarros, al alcance de la mano, brillaban como las cuentas azules, desprendidas de un collar de Yemayá, se iba ahondando; el agua limpia y clara que antes jugaba infantil a flor de tierra, se tornó grande, profunda y secreta.

La piedra avanzó por sí sola, llevándose cautiva a Soyán Dekín, que se halló en mitad de un río anchuroso, turbio, y empezó a hundirse lentamente.

Tan cerca, que casi podía rozarlo, Billillo seguía inmutable, cargando y disparando su fusil a los cuatro vientos; y el agua no se abría a sus pies, insondable, para tragárselo como a ella, poco a poco.

—“¡Billillo! –gritaba Soyán Dekín– ¡Sálvame! ¡Mírame! Ten compasión de mí. Yo tan linda... ¿cómo he de morir?”

(Pero Billillo, no oía, no veía.)

—“¡Billillo!, negro malo, corazón de piedra!”

(Y Soyán Dekín se hundía despacio, fatalmente.)

Ya le daba el agua por la cintura. Pensó en su madre, y la llamó...

—“¡Soyán Dekín, Dekín Soyán!

¡Soyán Dekín, Dekín, duele yo!”

La vieja que estaba planchando con arte, pecheras blancas de mil alforzas, tembló toda de angustia.

—“¡Soyán Dekín, Dekín Soyán!

¡Soyán Dekín, Dekín, duele yo!”

Se lanzó a la calle desesperada, medio desnuda, sin echarse a los hombros su pañolón; fue a pedir auxilio, llorando, a las vecinas. Llamaron a un alguacil.

—“¿Quién ha visto pasar a Soyán Dekín? Soyán Dekín, que iba al río...”

Recorrieron las dos orillas del Almendares.

La vieja seguía escuchando los lamentos de su hija, en la celada del agua.

—“¡Dekín! ¡Duelo yo!...”

También la oían ahora las vecinas y el alguacil. Todos, menos Billillo.

Ya Soyán Dekín sólo tenía la cabeza de fuera.

—“Ay, Billillo, esto es bilongo!² Negritillo, adiós... Y yo que te quería, mi santo, y tú que me gustabas, negro, y no te lo daba a entender por importancioso. ¡Por no sufrir un desaire!”

Billillo pareció despertar bruscamente de su sueño. Un sueño que hubiera durado mucho tiempo o toda la vida.

El río había cubierto totalmente a Soyán Dekín; flotaba su cabellera inmensa en el agua verde, sombría.

Rápido, Billillo, libres todos sus miembros, la asió por el pelo; tiró de ella con todas sus fuerzas.

La piedra no soltó su presa... Billillo se quedó con un mechón en cada mano.

Tres días seguidos las mujeres y el alguacil buscaron el cuerpo de Soyán Dekín.

El Almendares lo guardó para siempre. Y aseguran —lo ha visto Chémbe, el camaronero— que en los sitios donde es más limpio y más profundo el río se ve en el fondo una mulata bellísima, que al moverse dilata el corazón del agua.

Soyán Dekín en la pupila verde del agua.

De noche, la mulata emerge y pasea la superficie, sin acercarse nunca a la orilla. En la orilla, llora un negro...

(El pelo de Soyán Dekín es el limo del Almendares.)

² Maleficio, en Bajo Kikongo (antiguo Yoruba).

Arere Mareken

LYDIA CABRERA¹

La mujer del rey, que era muy bella, parecía doncella. El rey la quería siempre a su lado, pero ella iba al mercado todas las mañanas. Mientras se vestía el rey le estaba diciendo: “Arere, no dejarás de cantar. Arere, no dejarás de cantar.” Este rey era celoso, porque Arere parecía doncella y él empezaba a ser ya viejo.

Este rey tenía una piedra que el mar le había dado. Cuando Arere cantaba, cantaba la piedra con la voz de Arere y el rey guardaba el canto en el hueco de su mano.

La reina se iba cantando a la plaza con bata de cola muy larga, muy blanca y la cesta al brazo; la reina Arere cantaba así:

“Arere Marekén, Arere Marekén,
Arere Marekén, kocho bí, kocho bá
Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!”
Corriendo como una nube, llegaba al mercado:
“Arere Marekén, Arere Marekén,
Arere Marekén, kocho bí, kocho bá
Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!”

Llenaba su cesta de muchos colores; corriendo y cantando volvía al palacio adonde ya el rey se impacientaba.

Asomaba Arere: la mañana, la calle, todo se alborozaba, pero nadie, nadie se atrevía a mirarla de frente, si no era Hicotea²: Hicotea que estaba enamorado de la mujer del rey, de Arere Marekén.

¹ *Cuentos negros de Cuba*, Madrid, 2^{da} ed.: Eds. C.R., 1972, pp. 124-126.

² En Cuba se le llama jicotea a la pequeña tortuguita de agua dulce que habita

Un día, por el camino sólo venía la reina...

Hicotea, escondido en un matojo ya oía el oro de sus manillas y un oleaje de enaguas y volantes como camelias dobles; ya estaba de vuelta la reina cantando:

“Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!”

(Y el rey, atento, en su palacio.)

Hicotea salió a su encuentro.

—“¡Reina, el mismo Dios te bendiga!”

Arere tuvo miedo, pero dejó de cantar para decirle:

—“¡Gracias, Hicotea!” —y luego— “¡qué imprudencia! Si el rey lo sabe...”

—“El rey lo sabe y me matará” —y le cerró el paso—. “Espera un poco; que te gocen mis ojos, Arere, y nada más...”

Hicotea era joven; Arere no podía dejar de sonreír.

“Arere Marekén, Arere Marekén,

Arere Marekén, kocho bí, kocho bá

Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!”

—“Adiós, Hicotea”...

—“Arere, un poco más”...

En la mano del rey se fue apagando el canto. Después Arere corrió mucho y el corazón le temblaba; temblaba en el canto, temblaba en los dedos crispados del rey, su dueño.

—“¡Arere! ¿Por qué callaste, Arere Marekén?”

—“Hoy el camino estaba lleno de charcas. Me recogí la cola. Por cuidar de no mancharlas, rey, me olvidé de cantar.”

“Arere Marekén, Arere Marekén,

Arere Marekén, kocho bí, kocho bá

Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!”

El rey estaba atento en su palacio.

en los ríos de la isla. Cabrera cambia en este cuento la “J” de Jicotea por una “H”, porque así lo quiere; eso es todo.

Por el sendero solo, ya la reina volvía de la plaza, entre el revoloteo de sus palomas blancas de percal: otra vez Hicotea la detuvo; otra vez Arere dejó de cantar.

—“¡Arere! ¿Por qué callaste, Arere Marekén?”

—“Hoy perdí una de mis chinelas nuevas, rey. Buscándola me olvidé de cantar.

“Arere Marekén, Arere Marekén,
Arere Marekén, kocho bí, kocho bá
Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!”

El rey estaba atento en su palacio.

Hicotea en la emboscada. Arere venía corriendo, corriendo como una nube. (Y los guardias del rey la seguían a distancia).

Hicotea besaba los pies de la reina.

—“Ven, Arere: se ha secado el rocío... ya la yerba, tibia, huele a sol.”

Y la mano del rey se heló de silencio.

Pero llegaron los guardias, se apoderaron de Hicotea, se lo llevaron al rey que lo vio mozo y dijo:

—“¡Muera a palos!”

“Arere Marekén, Arere Marekén”...

Aquella mañana murió Hicotea de tantos palos que el rey mandara; y la reina lloró, pilando maíz, tostando café...

Por fin llegó la noche, con la luna lunera, cascabelera. Hicotea —todo en pedazos—, resucitó.

¿Y quién diría que su cuerpo no era áspero, sino duro, liso y suave?

Tantas cicatrices por el amor de Arere, de Arere Marekén.

CONFERENCIA

La influencia africana en el pueblo de Cuba¹

LYDIA CABRERA

Creo que estamos lejos de aquellos tiempos – no tan lejanos sin embargo para que no los recordemos – en los que, en algunos medios intelectuales de nuestro país, hablar de culturas o civilizaciones africanas hubiese provocado no asombro, sino una gran explosión de risa. El término era solo aplicable a Grecia y Roma, al occidente europeo; ni siquiera a los pueblos de Oriente. Hubiera sido escandaloso, grotesco, aceptar como una realidad que sobre la faz de la tierra no existen pueblos –negros, amarillos o verdes si algún día se descubre que los hubo– carentes de cultura, ni que ofrecieran el menor interés a los estudiosos los conceptos, las técnicas, las creencias, las prácticas religiosas y mágicas, la organización y las costumbres del número de sociedades humanas que aún viven fuera de nuestra civilización y a las que el etnocentrismo de nuestra “raza superior” llamó salvajes y luego “primitivos,” de acuerdo con los etnólogos evolucionistas. ¡Solamente los europeos poseían una cultura, y sólo a ellos podíamos considerar civilizados! África no formaba parte del mundo. Era, con excepción del norte, país desconocido hasta el advenimiento del periodo colonial en el siglo pasado, cuando las naciones europeas

¹ Conferencia de Lydia Cabrera publicada *post-mortem* en el libro: Lydia Cabrera. *Páginas Sueltas*. Edición, Introducción y Notas de Isabel Castellanos. Miami: Universal, Col. del Chicherekú en el Exilio, 1994. Capítulo VI:13 - El Exilio (1968-198?), pp. 541-550.

[*Manuscrito sin fecha, aparentemente inédito. En letra de Lydia Cabrera leemos la siguiente nota: “Conferencia del Kee (ilegible) Collee, está traducida”*]

se tornaron anti-esclavistas y quedó abolida la trata, que había durado más de tres siglos y medio por la codicia criminal en común acuerdo de blancos y negros (tres siglos y medio malditos para los africanos y los europeos) privándola así de lo que constituía la base de su economía: la exportación de ganado humano, de piezas de india o de ébano, como se les llamaba a los negros que, para venderlos a los blancos, cruzaron por millones el Atlántico.

En los setenta años de colonización africana —que fueron de pacificación, puede decirse en honor de la verdad— las naciones europeas que se repartieron el continente dieron, sin violencias, fin a aquellas tradicionales guerras cruentas y fratricidas, y rápido comienzo al aumento de la población, aún en territorios que se hallaban casi desiertos. En ese período que habría de terminar lógicamente en el proceso de emancipación deseado por intelectuales africanos y secundado por intelectuales europeos (también, interesadamente, por las extremas izquierdas, que ambicionaban la posesión del mundo), los misioneros, los etnólogos franceses, los antropólogos ingleses y alemanes descubrieron el África y hubo que admitir la existencia de otras civilizaciones. La tesis de la superioridad de la raza blanca sobre la africana y la indoamericana sufrió el mentís de la Ciencia, con mayúscula, al reconocer ésta sólo factores culturales y no la diferencia que arrogantemente se arrogaba la raza blanca, basándose en la herencia de un mayor potencial intelectual. A los libros de los que hoy se consideran clásicos del africanismo, a los de Delafosse, Junod, Rattray y Talbot, Frobenius el gran pionero, Leiris, ha sucedido, hasta la fecha, la enorme producción de los que, en todas las lenguas, se encuentran al estudio de las sociedades y culturas africanas en todos sus aspectos y sus proyecciones en países del Nuevo Mundo, investigadores como Bastide, Verger, Herskovitz, Bascom.

También este descubrimiento del África abrió nuevos horizontes a la comprensión estética. En la primera y segunda década de nuestro siglo, antes y después de la primera guerra, artistas como Derain, Matisse, Vlaminck, Modigliani, Juan Gris, Picasso, Braque, deslumbrados por estatuas y máscaras africanas, y un poeta, Guillaume Apollinaire, contribuyeron a asignarle un puesto de primer rango en el arte universal a la escultura de los que ya no se podía llamar “salvajes”. ¿Quién se atrevería hoy a calificar de salvajes a los artistas de Ifé y del reino de Benin?

Un famoso escultor moderno, Lipschitz, ha dicho: “el arte de los negros fue para nosotros un gran ejemplo” y, en efecto, como es sabido de todos, influyó en los “fauves”; en el expresionismo; en el movimiento cubista, que fue una reacción contra el expresionismo, preocupado sólo por la luz, no por la forma. Si lo primero que llamó la atención en Europa y apasionó a artistas y críticos de arte fue la escultura, en lo que se refiere a la música ya antes del siglo XIX, en el XVII y el XVIII, en Inglaterra, Francia y Alemania figuraban negros tocando los timbales en las bandas militares.

Con anterioridad a la conquista de América, en Portugal y en Sevilla, donde había esclavos africanos vendidos por los moros, y Cabildos que sirvieron más tarde de patrones a los de Cuba, estos llevaron consigo su música, como lo han hecho dondequiera que fueran trasladados. Los negros, y esto lo saben de sobra los cubanos, tienen un sentido asombroso del ritmo. En nuestra tierra nacen cantando, tocando tambor y bailando: la música y la danza son dones indiscutibles de su genio. Así los europeos que viajaron a África en el pasado y dejaron escritas sus experiencias y observaciones, no dejaron de fijarse y describieron los instrumentos de música –desde luego el xilofón, la marímbula de los congos– que, por su aspecto y sonoridad, aunque toscos, resultan sumamente ingeniosos. Pero hasta las dos últimas décadas del pasado siglo y en el nuestro, con sus discos y grabadoras que han permitido la creación de archivos fonográficos, no aparecen monografías importantes y obras como las de Kunst, Douglas Varley, Kirby y otros que señalan el interés de la música africana y la capacidad musical del hombre africano. En el plano de la música también vivimos en Francia, el país más comprensivo y acogedor a todas las formas de inspiración, durante los años brillantes e inolvidables de entre-guerras, el furor que provocó el Jazz de los negros americanos, aunque no era un producto genuinamente africano. La gracia, la “trepidante” vitalidad que delataba el ancestro, el expresivo trasero de Josephine Baker, que no decía nada nuevo a antillanos y brasileños, conquistó a París desde su primera aparición en la escena. Por aquellos días también se oían nuestras rumbas, y en todas partes se tocaba el Manisero, evocándome la figura escurrida de aquel chino vendedor de maní, que en mi infancia, pregonaba al atardecer cuando empezaban a encenderse los faroles de gas en calles que aún no conocían el rodar de un automóvil:

¡Maní, maní!
Maní tostado caliente
Pa la vieja que no tiene diente.

África influyó también en la literatura –en el surrealismo, empeñado en liberar la poesía de toda traba convencional– al ser conocida y divulgada la inmensa cantera de su literatura oral y de un folklore que nada tenía que envidiar a los más ricos del mundo. De él se ocupó Blaise Cendrars, autor de *Pascuas en Nueva York* y de *Prosa del transiberiano*, poeta y novelista desaparecido en 1961, en una selecta compilación (*Anthologie Nègre*) de leyendas; fábulas; cuentos; relatos históricos, fantásticos y humorísticos; proverbios y adivinanzas, que vio la luz en 1921.

Los negros europeizados de habla francesa o inglesa podían enorgullecerse, sin sombra de complejo de inferioridad, de sus raíces, de su África ancestral, cuyas viejas culturas, de una originalidad insospechada, llenas de sabiduría y de valores artísticos, le hicieron afirmar a Frobenius que la idea del negro bárbaro era una invención europea. En los años que van del 34 al 40 un negro antillano, un gran poeta de cultura y expresión francesa, Aimé Césaire, acuña en París el nombre de “Negritud” para bautizar el movimiento literario –y político, pues más tarde lucharía por la independencia de las colonias– que otro gran poeta, éste africano, Leopold Segar Senghor, también de formación francesa, apadrinó y defendió: el conjunto de valores de civilización, sociales, económicos, políticos y culturales característicos de los pueblos negros.

Sobre el reconocimiento por Europa de las culturas africanas y el despertar de una conciencia africana en los intelectuales negros de ultramar –Césaire, Damas y otros– que influyeron en los africanos que ahora se esfuerzan en forjar libremente su propio destino –¡así sea, sin arteras presiones extranjeras!– y en enriquecer bebiendo en propias fuentes su patrimonio cultural, no vamos a extendernos. Al señalar el interés que lo africano provocó en los medios más ilustrados del mundo, solo pretendo que, al referirme a Cuba, no se sienta herido en su orgullo algún compatriota que, acaso inconscientemente, aún padezca de ciertos prejuicios intelectuales o racistas al oír decir que nuestra Isla está fuertemente saturada de influencias africanas. No podía ser de otro modo, África se halla presente en Cuba desde los inicios de su historia. Al contrario de lo que ocurrió en los Estados Unidos, don-

de las reuniones de esclavos eran ilícitas, objeto de duros castigos, y donde los negros no pudieron conservar sus lenguas, su música y sus religiones, en ningún momento, en Cuba, se vieron forzados a romper los lazos que espiritualmente los unía a una Madre Patria cada vez más lejana, pero a la que la fidelidad y el culto a su recuerdo ha mantenido siempre, de generación en generación, viva y cercana.

El mejor ejemplo de esta actitud de respeto y apego a lo ancestral nos lo ofrece la supervivencia de sus religiones en la Isla. Allí, junto a un catolicismo de fachada o sinceramente compartido con los blancos, como sucede con frecuencia, se han conservado las creencias africanas con notable pureza, no obstante un inevitable sincretismo entre dioses, espíritus y Santos de la Iglesia.

Dos sistemas religiosos arraigaron profundamente en nuestro suelo: el que llamamos lucumí (yoruba) y el congo (bantú), del que no se habla tanto porque aún no se ha salido enteramente de la clandestinidad, debido a que, a diferencia del lucumí, a sus practicantes se les considera “brujos”.

Abiertos a todos los credos por su tolerancia y ausencia absoluta de dogmatismo, pero imprimiendo en ellos, como en todo, el sello de su personalidad, el negro es por naturaleza sumamente religioso y sus vidas las rige su religión, y subrayemos: los valores religiosos africanos de los que nunca se apartó.

Para todo, desde que pisó tierra cubana, cuenta con sus divinidades, Orishas, Vodús o Mpungus e Nkisis (y con los muertos), que venera y consulta continuamente. Esa rara pervivencia del misticismo africano en el plano religioso, tan evidente en Cuba, –y en Brasil– demuestra lo poco que pesaban los prejuicios raciales en españoles y lusitanos, que en convivencia con los negros no eran hostiles a sus creencias, y la humanidad de sus leyes esclavistas en comparación con las de otras colonias. En toda la Isla, los Cabildos y agrupaciones de negros de las diferentes tribus importadas, –mandingas, carabalís, congos, lucumís, ararás– aseguraban con sus reuniones semanales y sus fiestas la conservación de sus dialectos, cultos y tradiciones. No se les evangelizaba. Bastaba con bautizarlos.

En el pueblo, blancos y negros vivían en buena armonía compartiendo trabajos y diversiones, mezclando sus sangres y creando el tipo de la linda mulata sandunguera cantada por los poetas, que fue en los días coloniales sumum de belleza y simpatía, ideal erótico de españoles y criollos.

En las clases altas, a los esclavos domésticos se les quería como a miembros de la familia. Esto en las de la más alta alcurnia. Creo que es harto sabido el lugar que la vieja “criandera” ocupaba en el hogar, su autoridad sobre los niños de la casa, sin exceptuar al Niño y a la Niña que eran sus amos. Paternalismo, diríamos despectivamente hoy, pero aquel mutuo afecto que los unía hacía honor al siervo y ahora daría envidia a los nuevos esclavos de un moderno implacable régimen esclavista. Es rara la familia cubana que no tenga enterrado en su panteón, con los restos de sus abuelos y padres, los de algunos de estos negros y negras que les fueron tan queridos.

En esa blanda arcilla que es el alma infantil, los africanos dejaron algo de la suya. Los cuentos de las nanas de las casas ricas, las historias maravillosas que más impresionaban a los niños, eran típicamente africanas. Ellas, las buenas nanas negras, no conocían los cuentos de Perrault, de Grimm o de Andersen, y también los cantos con los que los dormían eran africanos. A su manera eran grandes educadoras que enseñaban, divirtiendo, haciendo reír con fábulas y moralejas, a obedecer a los padres y a los mayores; a no olvidar a los familiares muertos; a ser respetuosos y escuchar a los ancianos, que por viejos eran sabios; caritativos con los necesitados; hospitalarios –una virtud muy africana, la hospitalidad–; veraces –Dios castiga a los mentirosos en la tierra y en el cielo– y, por la misma razón, buenos, honrados, consecuentes con los amigos. Esos principios no los habían aprendido con los blancos sino en sus tierras, al contrario de lo que erróneamente se pretendía: que los africanos no tenían concepto de moral.

También el negro que rezaba el rosario todas las tardes con las amas, las acompañaban a misa los domingos llevándoles la alfombra o la pequeña silla de tijeras y no faltaban devotamente a las procesiones, y las negras de confianza no dejaron de ejercer su influjo, naturalmente de modo muy secreto, en individuos de ambos sexos de algunas grandes familias. En momentos difíciles, el *Mundele* o la *Oyibó* –el señor o la señora blanca– recurría a los dioses y fuerzas secretas del siervo. Y, a veces, cuando enfermaba, acudía también a sus yerbas cargadas de virtudes, que el negro conocía a fondo y siempre le sentaban.

Por supuesto que comulgar con las creencias de los negros era algo inconfesable, mucho más que hacer uso de sus remedios, en un tiempo en el que la ciencia del médico no le llevaba gran ventaja a la del taita curandero. Apenas el cubano abría los ojos se familiarizaba

con la serie de entes sobrenaturales, de genios y espíritus que descargaban en nuestras costas los barcos negreros y se dispersaban por los pueblos y los campos haciéndose dueños de ríos, montes y valles, a la par que de hombres y mujeres de piel blanca. Cuba era una isla mágica. Nuestro pueblo ha creído siempre firmemente en la eficacia de las técnicas mágicas de los negros, que en el fondo se parecen a las de los europeos.

Había en el cubano blanco de abolengo, un humorismo, un gracejo especial, hasta un modo de decir que reconocí más tarde en largas charlas con los negros viejos más castizos. Siempre me he preguntado si esta alegría del cubano, la necesidad de reír, que ahora tanto nos ayuda a soportar la tristeza del destierro en una tierra sin alegría, el trocar en cómico lo trágico, ¿no se lo debemos en gran parte, por herencia o por contagio, a la influencia del negro? También la verborrea, la improvisación, esa efusividad en el trato, que nacida de una bondad natural –que ojalá no lo haga perder la dureza de este nuevo medio–, lo impulsa a llamar “mi hermano” hasta a un desconocido.

Que no se interprete erróneamente lo dicho: Cuba, por su población es la menos negra de las Islas del caribe, aunque se haya dicho tanto que en la Isla el que no tiene de dinga tiene de mandinga, que desde el cabo de San Antonio a la punta de Maisí el que no tiene de congo tiene de carabalí. Pero Cuba sí es un país, repetimos, sorprendentemente rico en pervivencias africanas.

No vamos a mencionar, no tenemos tiempo, todo lo que en Cuba puede considerarse auténtico aporte africano. Solo haremos hincapié en lo que era más vital y precioso para el negro: su religión y su magia. Al asimilarse la del blanco, sin alterar la suya, el blanco en contacto con el negro, insensiblemente africanizó su fe. Así disimulada, inconfesada durante la colonia y aún en los primeros decenios de la República, en primer lugar se destaca la religión de los Yorubas –la Regla de Ocha–, de los lucumí, que llegaron en tal número a partir de fines del siglo XVIII, cuando Cuba comienza a despertar de su larga soñarrera económica y hacen falta brazos y más brazos de esclavos para los campos de caña. El culto a los Orichas se apoderó, sin proponérselo, de la fe popular, sin dejar de hacer algunas conquistas, como hemos dicho y consta, en las clases pudientes y en las nobles. Los sistemas religiosos de otras naciones africanas desaparecieron absorbidos por el de los lucumí. Eran los lucumí, en concepto de los negros

criollos, los más civilizados, los más *dán dán* –finos–, *orí nimó* –inteligentes–, de cuantos vinieron al Nuevo Mundo.

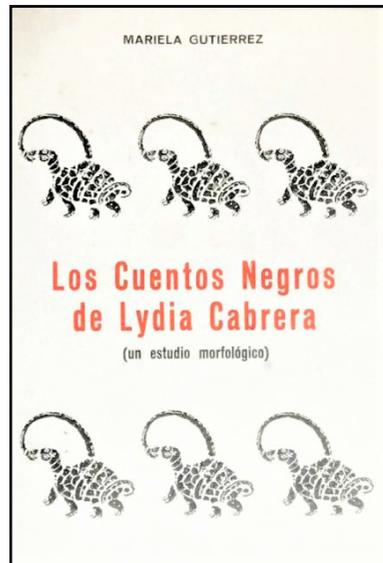
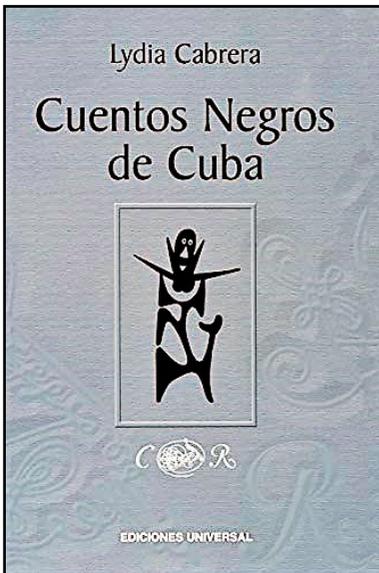
No ocurrió lo mismo, en prestigio, con las prácticas religiosas de los congos y ngolas igualmente numerosos, de quienes la presencia en la Isla remonta al siglo XVI y continuaron llegando hasta el fin de la trata, repartiéndose el campo de la magia blanca y negra, –Reglas de Mayombe o Palo Monte– o como se dice en cubano, de la brujería “cristiana” y “judía”. (Mayombe cristiano que hace el bien, y Mayombe judío, el mal).

Los dioses del panteón yoruba, a la cabeza del cual figura un Ser Supremo, Olodumare, de bien definidos caracteres monoteístas, son adorados en Cuba no solamente por los descendientes de lucumí o de otras naciones (y ahora en el exilio), sino por una gran mayoría que se considera católica. El ritual de los Ilé-Orishas o Casas de Santo, tradicionalistas, con escasas alteraciones hasta hoy, continúa siendo yoruba; los Orishas o los Santos, como se les llama indistintamente, reciben sacrificios de animales, ofrendas de comida y de frutas. Se les invoca, se les reza y canta en yoruba. Se les toca tambor y se les baila –la música y la danza son inseparables de los ritos– al ritmo de los cantos y toques que se les están consagrados. Muchos ritos son secretos, como los del Kari Osha o iniciación del neófito, o los funerales –Ituto– que tienen lugar a la muerte de un sacerdote, del Olorisha o Babalawo, o de una Iyalosha. Pero a las fiestas que se celebran habitualmente en honor a los Orishas, y en las que atraídos por los cantos y el sonar de los tambores bajan a tomar posesión de sus Omó (hijos) para bailar y alegrarse codeándose con los fieles, todo el mundo tiene acceso. Los devotos de los Orishas gozan del privilegio de comunicarse directamente con sus divinidades, de recibir sus consejos, sus bendiciones o sus regaños. El curioso puede admirar la danza de Yemayá, la diosa del mar en alguno de sus avatares, o de la serie de Yemayás que ondulan, remedando el movimiento de las olas; de Oshún, diosa de los ríos y del amor, femenina, risueña y retadora; de Oyá, imponente, impetuosa, dueña de la Centella y diosa de los muertos; de Changó, tronchando cabezas invisibles con su Oché; y de Ochosi el cazador, a quien aman las Obini (las mujeres), disparando su flecha. Verá a Babalú Ayé, el dios de la lepra y las viruelas, terrible y misericordioso, torcido, arrastrándose penosamente, bailar en contorsiones, haciendo muecas para provocar a risa a algún ingenuo y castigarlo después.

Los Orishas han seguido a sus miles de adoradores al exilio, y aquí están en tierra extraña acompañándolos. Las Bótanicas, que surten a los santeros y devotos, se han hecho famosas y nos muestran, sin ambages, la importancia de este culto africano traído por los cubanos y que hace también prosélitos entre yanquis, negros y blancos...

La mitología de los dioses, los sistemas de adivinación, en una palabra, el vitalismo, la alegría de esta Regla Lucumí es, no puede negarse, muy atrayente. La música, los cantos y tambores, el baile, que agrada tanto a los Orishas como a los hombres, contribuye a sumarle adeptos. Pero cabe preguntarse: ¿Podrían los negros cubanos, que tan preciosamente conservaron sus valores, preservarlos aquí de alteraciones y falsedades? Esperamos que los verdaderos Omo-Orishas triunfen de los impostores. Y ahora escuchemos algunos de estos cantos y “rumbitas” para agradar a los Santos, en la voz de compatriotas que no tendré el gusto de oír y aplaudir.

¡Aché! y ¡viva Cuba libre, blanca y negra!



ANEXO BIBLIOGRÁFICO¹

Principales obras de Lydia Cabrera

- Cabrera, Lydia. *Anaforuana: ritual y símbolos de la iniciación en la sociedad secreta Abakuá*. Madrid: Ediciones C.R., 1975.
- . *Anagó: vocabulario lucumí* (El yoruba que se habla en Cuba). Prólogo de Roger Bastide. La Habana: Ediciones C.R., Col. del Chicherekú, 1957, 326 p.; Miami: 2a. ed. Ediciones Cabrera y Rojas, Col. del Chicherekú en el exilio, 1970, 326p.; Miami: Ediciones Universal, 1986, 296 p.
- . *Ayapá: cuentos de Jicotea*. Zaragoza: Ediciones Universal, 1971, 269 p.
- . *Consejos, pensamientos y notas de Lydia E. Pinbán*. Miami: Ediciones Universal, 1993, 93 p.
- . *Contes nègres de Cuba*. Traducido al francés por Francis de Miomandre. Paris: Gallimard, 1936.
- . *Cuentos negros de Cuba*. Prólogo de Fernando Ortiz. La Habana: Imprenta La Verónica, 1940; La Habana: Ediciones Nuevo Mundo, 1961, 150 p.; Madrid: Ediciones C.R., Col. del Chicherekú en el exilio, 1972, 174 p.; Miami: Ediciones Universal, 1993, 174 p.
- . *Cuentos para adultos niños y retrasados mentales*. Miami: Ultra Graphic Corp., Col. del Chicherekú en el exilio, 1983, 236 p.
- . *El monte: igbo finda, ewe orisha, vititinfinda* (Notas sobre las religiones, la magia, las supersticiones y el folklore de los negros criollos y del pueblo de Cuba). La Habana: Ediciones C.R., 1954; Miami: 2a. ed., Rema Press, 1968, 573 p.; Miami: 3a. ed., Ediciones C.R., Col. del Chicherekú en el exilio, 1971; Miami: 4a. ed., Ediciones Universal, 1975, 564 p.; Miami: 5a. ed., Ediciones C.R., 1983; Miami: 6a. ed., Ediciones C.R., 1986; Miami: 7a. ed., Ediciones Universal, 1992, 620 p.

¹ Compilación y selección de Mariela A. Gutiérrez

- . *Francisco y Francisca: chascarrillos de negros viejos*. Miami: Peninsular Printing Inc., 1976, 70 p.
- . *Itinerarios del insomnio, Trinidad de Cuba*. Miami, Ediciones C.R., Peninsular Printing Inc., 1977, 68 p.
- . *Koeko iyawó, aprende novicia: pequeño tratado de regla lucumí*. Miami: Ultra Graphics Corp., 1980, 231 p.
- . *La laguna sagrada de San Joaquín* (Fotografías de Josefina Tarafa). Madrid: Ediciones Erre, 1973, 105 p.; Miami: 2a. ed., Ediciones Universal, 1993.
- . *La lengua sagrada de los ñáñigos*. Miami: Ediciones Universal 1988, 530 p.
- . *La medicina popular en Cuba*. Miami: Ediciones Universal 1984.
- . *La Regla Kimbisa del Santo Cristo del Buen Viaje*. Miami: Peninsular Printing Inc., Col. del Chicherekú en el exilio, 1977; Miami: Ediciones Universal, 1986, 85 p.
- . *La sociedad secreta Abakuá, narrada por viejos adeptos*. La Habana: Ediciones C.R., 1958; Miami: Ediciones C.R., Col. del Chicherekú en el exilio, 1970, 296 p.
- . *Los animales y el folklore de Cuba*. Miami: Ediciones Universal, Colección del Chicherekú, 1988, 213 p.
- . *Otán Iyebiyé: las piedras preciosas*. Miami: Ediciones Universal, 1970; Miami: Ediciones C.R., Col. del Chicherekú en el exilio, 1970; Miami: Ediciones Universal, 1986, 113 p.
- . *Páginas sueltas*. Edición de Isabel Castellanos. Miami: Ediciones Universal, Col. del Chicherekú en el exilio, 1994, 580 p.
- . *¿Por qué? Cuentos negros de Cuba*. La Habana: Ediciones C.R., Col. del Chicherekú, 1948; Madrid: Ediciones C.R., Col. del Chicherekú, 1972.
- . *Pourquoi: nouveaux contes nègres de Cuba*. Traducido al francés por Francis de Miomandre. Paris: Gallimard, Col. La Croix du Sud, 1954, 316 p.
- . *Refranes de negros viejos*. La Habana: Ediciones C.R., 1955; Miami: Ediciones C.R., Col. del Chicherekú en el exilio, 1970.
- . *Reglas de Congo: Palo Monte Mayombe*. Miami: Peninsular Printing Inc., Col. del Chicherekú en el exilio, 1979, 225 p.; Miami: Ediciones Universal, 1986, 225 p.
- . *Supersticiones y buenos consejos*. Miami: Ediciones Universal, Col. del Chicherekú, 1987, 62 p.
- . *Vocabulario congo: el Bantú que se habla en Cuba*. Miami: Ediciones C.R., Col. del Chicherekú en el exilio, 1984, 164 p.
- . *Yemayá y Ochún: Kariocha, Iyalorichas y Olorichas*. Madrid: ediciones C.R., 1974, 359 p.; New York: 2a. ed., Ediciones C.R., Distribución exclusiva E. Torres, Eastchester, 1980, 370 p.7

Publicaciones selectas sobre la obra de Lydia Cabrera

- Castellanos, Isabel y Josefina Inclán eds. *En torno a Lydia Cabrera*. (Cincuentenario de "Cuentos negros de Cuba": 1936-1986). Miami: Eds. Universal, 1987.
- Castellanos, Jorge. *Pioneros de la etnografía cubana*. Miami: Ed. Universal, 2003.
- Gutiérrez, Mariela A. *Afro-Cuban Short Stories by Lydia Cabrera (1900-1991)*. Selected, Annotated and Translated by Mariela A. Gutiérrez., London/New York: Edwin Mellen Press, 2008.
- . *An Ethnological Interpretation of the Afro-Cuban World of Lydia Cabrera (1900-1991)*, Selected Writings by M.A. Gutiérrez. London/New York: Edwin Mellen Press, 2008.
- . *El cosmos de Lydia Cabrera: Dioses, animales y hombres*. Miami: Ediciones Universal, Colección Ébano y Canela, 1991.
- . *El Monte y las Aguas: Ensayos Afrocubanos*. Madrid, España: Editorial Hispano-Cubana, 2003.
- . *Los cuentos negros de Lydia Cabrera: un estudio morfológico*. Miami: Ediciones Universal, Colección Ébano y Canela, 1986.
- . *Lydia Cabrera: aproximaciones mítico-simbólicas a su cuentística*. Madrid: Verbum, 1997.
- Hiriart, Rosario. *Lydia Cabrera: Vida hecha arte*. New York: Eliseo Torres & Sons, 1978.
- Rodríguez-Mangual, Edna M. *Lydia Cabrera and the Construction of an Afro-Cuban Cultural Identity*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.
- Sánchez, R., y J. A. Madrigal, R. Viera, J. Sánchez-Boudy, eds. *Homenaje a Lydia Cabrera* (34 ensayos). Miami: Ediciones Universal, Col. Ébano y Canela, 1978.
- Simo, Ana María. *Lydia Cabrera: An Intimate Portrait*. New York: INTAR Latin American Gallery, 1984.

